_ 203

16. San Almaquio ó Telémaco es el último | de la arena : este es el sentido que naturalmártir que regó con su sangre el anfiteatro de Roma; porque si bien Constantino y después su hijo Constancio prohibieron por una lev las luchas de gladiadores, estos sangrientos juegos se restablecieron más tarde, y todavía se celebraban en 404, bajo el imperio de Honorio. El santo monie Telémaco fué desde Oriente á Roma con la intención de contenerlos, ó por lo menos extinguirlos con su propia sangre. Y en efecto, cuando en las calendas de Enero más concurrido estaba el anfiteatro, se introdujo en medio de los gladiadores y abatió con santa audacia estas crueldades paganas; mas el prefecto Alipio, que estaba presente, mandó á los gladiadores á quienes quiso separar, que lo mataran (Baron. Ad. hunc an. et not. ad M. R. 1 jan.). Entonces fué cuando Honorio publicó una ley más rigurosa y definitiva contra estos sangrientos espectáculos.

17. Otros muchos mártires, si bien no consta con entera certeza, podríamos citar como habiendo sufrido martirio en este mismo anfiteatro. Grande, sin duda, fué su número: así tenemos derecho á deducirlo de este célebre pasaje de la Apologética de Tertuliano (XL): «Si el Tiber se eleva hasta las murallas, si el Nilo no llega á los campos que le rodean, si el cielo se seca, si la tierra se estremece, si el hambre, si la peste aparecen, al momento se grita: ¡Los cristianos á los leones!»

IV. No vamos, como se comprenderá, á hacer el juicio crítico de todos los detalles de estos martirios: los referimos tal como se encuentran consignados en las respetables fuentes de donde los hemos tomado. El único hecho esencial que queríamos comprobar como pertinente á nuestro objeto, es que el Coliseo fué el teatro de estos padecimientos.

Dos circunstancias son dignas de notarse aqui, comunes ambas á todos los mártires sacrificados en los anfiteatros: es la primera, que no eran llevados á ellos sino cuando los juegos tocaban á su término; siendo la razón de esto que, como se dejaban inmolar sin resistencia, su pronta muerte no podía procurar al pueblo rey ninguna de las emociones que iba á buscar al anfiteatro y que encontraba en las luchas de los gladiadores y de los condenados á muerte contra los animales feroces. Esta circunstancia nos ha sido revelada por las actas de San Ignacio: Ad amphitheatrum ductus est fine spectaculorum imminente. Lo mismo sucedió en Smirna con San Policarpo, según el testimonio de San Jerónimo (De scriptor. eccles.). Como el pueblo pidiera á grandes gritos que se soltara un león contra el santo obispo, el procónsul Filipo respondió que no le estaba permitido acceder á tal petición, habiendo terminado los juegos.

El segundo hecho que debemos comprobar es el de que eran expuestos al público delante mente debe darse á estas palabras de las actas de San Ignacio: Justa templum expositus est.

COLOBIUM.—El colobium parece haber sido el primer vestido de los diáconos en la Iglesia romana. De tal modo les era peculiar, que más tarde fué llamado levitonarium, es decir, propio de los levitas (véase Suid. Glossar. Vet). El colobium era entre los Romanos un vestido destinado á los hombres libres (Servius. In IV Æneid.); más tarde fué reservado á los senadores (Cod. Theodos., l. xix, título. 10). Era una especie de túnica estrecha que se prolongaba hasta los talones, sin mangas, ó cuyas mangas llegaban hasta el codo únicamente, χολόδος, que quiere decir cortado, y de la clase de aquellos que los Griegos llamaban exomides. Esta carencia de mangas significaba, según Casiano (Instit., l. 1, c. 4), la supresión, entre los monjes, de las obras y de los vicios del mundo: Amputattos eos habere actus, et opera mundi hujus, suggerat abscisio manicarum. Parece que los Apóstoles se servían de esta túnica en la vida común: en la basílica de los Apóstoles se conserva el colobium de Santo Tomás (véase Macri. Hierolex. ad h. v). En nuestro artículo Monjes damos un grabado en el que se ve sentado un anacoreta tejiendo una cesta y que está vestido con el colobium (véase este grabado).

El colobium era de lino, y se llamaba también leviton y levitonarium; á veces estaba adornado por delante con las bandas de púrpura llamadas clavi (véase el artículo Clavi), v abajo con adornos en forma de pequeños discos que los antiguos llamaban calliculæ (véase el artículo Callicula). He aquí cómo Abdías de Babilonia (Codex apocryph., ap. Fabric. t. 11, página 671) pinta el vestido del apóstol San Bartolomé: Vestitus colobio albo clavato purpura, induitur pallio habente per singulos angulos singulas gemmas, «está vestido con un colobium blanco adornado de franjas de púrpura, y lleva un pallium que tiene gemas en



cada uno de sus ángulos». Los más antiguos del altar de Júpiter Lacialis, erigido en medio | Cristos que conocemos, los de Monza (véase el articulo Crucifijo), están vestidos de colobia con clavi y sin mangas.

El sacerdote que consagra en este fresco del cementerio de Calixto está revestido del colobium sin mangas (véase el artículo Misa). Respecto al colobium de mangas cortas, Bottari cree verlo en una elegante figura esculpida en un sarcófago del cementerio del Vaticano, y que á continuación reproducimos (Bott., tav. xxII) según este autor. Encima del colobium lleva todavía este personaje el pallium, del que un paño se dobla sobre la cabeza, después sobre los brazos, y vuelve á caer por detrás.



COLORES (Simbolismo de los) en los monumentos cristianos y en los ritos de la Iglesia.—En todo tiempo se atribuyó á los colores un sentido simbólico. Dios mismo, en el Antiguo Testamento, dispuso el color de las tiendas de los tabernáculos, el de los vestidos de los sacerdotes y de los levitas durante los sacrificios. El cristianismo se ha inspirado en este ejemplo. Los Padres se han dedicado á interpretar el sentido simbólico de los colores mencionados en las divinas Escrituras, y los cristianos se conformaron en todas las épocas con estas interpretaciones, ya en las pinturas de las catacumbas y los mosaicos de sus templos, ya en sus ornamentos sagrados, cuyo color varia según las diferentes solemnidades. San Carlos llama á los colores los jeroglificos de los secretos del cielo, y Baronio los considera como utilísimos para excitar la piedad de los fieles.

I. El blanco. Reunión de todos los rayos luminosos reflejados sin alteración, el blanco es el color simbólico que conviene principalmente á la verdad, tinctura veritatis, dice San Clemente de Alejandría (Pedag., l. 11, c. 10). Por esta razón ha sido atribuído:

1.º A Dios Padre, que es la verdad por esencia, la verdad inmutable, única: también, en la visión de Daniel (cap. vII., 9), el tiempo aparece con vestidos blancos como la nieve, y con cabellos blancos como la lana más pura. | sucristo, y esta dichosa transformación se ha

Porque ella es blanca y brillante á un mismo tiempo, es por lo que el maná está representado como el símbolo de la palabra de Dios (Origen. Homil. vII. In Exod.): Manna est verbum Dei; quid enim candidius, quid splendidius eruditione divina? En el mismo sentido, San Gregorio de Nissa llama á la verdad evangélica lilium sermonis (Homil. XVI. In Cantic.), «lirio del discurso». San Bernardo se sirve también de esta figura (Serm., LXX. In Cantic.): «La verdad es realmente un lirio, cuyo perfume anima la fe, y cuyo brillo esclarece la inteligencia», vere lilium est veritas, cujus odor animat fidem, splendor intellectum illuminat.

2.º A Jesucristo. Si bien en las costumbres ordinarias de la vida el Salvador se sirvió probablemente de vestidos comunes, lo usa blanco cuando aparece como Dios; asi, sobre el Tabor (Marc., 1x, 2), ante Pilato (Luc., xxIII, 11), y en la visión de San Juan, al principio de su Apocalipsis (1, 13), lo lleva de ese color. Los monumentos lo representan vestido de blanco cuando enseña: ejemplos: un fondo de copa publicado por Buonarruoti (Vetr., página 35, tav. v, fig. 3), los antiguos mosaicos de la iglesia de los Santos Cosme y Damián (Ciampini. Vet. monim. 11. tab. xv1), de Santa Agata alla Suburra, en Roma (idem 1, tav. LXXVII), de la capilla de San Aquilino en la iglesia de San Lorenzo en Milán (Allegranza. Monum. Milan., pág. 12), etc.; en una palabra, en todos los monumentos donde aparece como maestro de la verdad, ya en medio de los doctores de la ley, ya rodeado de sus Apóstoles. También será blanco el trono donde el Hijo de Dios se sentará para juzgar á los hombres en el último día: Vidi thronum, dice San Juan (Apoc., xx, 11), magnum, candidum, et sedentem super eum.

3.º A los ángeles. Con vestidos blancos los representan: 1.º, las sagradas Escrituras en las diferentes apariciones de estas inteligencias celestiales que ellas mencionan: tales son el ángel que vino en auxilio de Judas Macabeo contra Lisias (2 Macch., XI, 8), el que se presentó á Daniel en las orillas del Tigris, y aquellos que anunciaron á los pastores el nacimiento del Salvador, á las Marías su resurreccion, y á los Apóstoles, en el monte de los olivos, su futuro advenimiento como juez de los vivos y de los muertos (Act., 1, 10); 2.º, los monumentos, entre otros las pinturas y los mosaicos de la basílica Liberiana y de Santa Agata en Roma, de San Miguel y de San Vital en Rávena, y en otras partes (véase Ciampini, Vet. monim. passim).

La razón que de esto da San Dionisio Areopagita (De cœlest. hierach., cap. xv, pág. 164, edit. Colon.), es que son semejantes à Dios: significare existimo Deiformas.

4.º A los Santos en general. Por sus obras, fueron en la tierra imágenes vivientes de Je-

el arco mayor de la basílica de San Pablo extramuros, se ve un gran número de personajes vestidos de blanco que llevan coronas al pie del trono divino (Ciampini. Vet. monim., 1, 231). Unos, los que tienen la cabeza desnuda, representan, según toda apariencia, los Santos venidos del paganismo; los otros, que la llevan cubierta, son los Santos del judaísmo. Puede verse el mismo asunto en los mosaicos de la iglesia de Aix-la-Chapelle, edificada por Carlo Magno en 802 (Ciamp. Vet. mon., II, tab. XLI), y en la de San Vital de Rávena ya citada.

5.º A los sacerdotes en las funciones sagradas. En la antigua ley, el gran sacerdote Aarón llevaba una túnica, un cíngulo v una tiara blancos; lo mismo sucedió desde un principio con los Pontífices y los sacerdotes cristianos: esto es lo que prueba, sobre todo respecto al siglo IV, Benedicto XIV en su tratado De sacrif. missæ (pág. 51, c. iv, § 2), según el testimonio de San Gregorio de Tours, de Fortunato y de San Isidoro de Sevilla. Más tarde, cuando otros colores fueron admitidos para los ornamentos sagrados, conservóse siempre el blanco para el alba, el amito y aun para la planeta, la pluvial, etc., en las fiestas de la Natividad, de la Epifania, de Pascuas, de Todos los Santos, de la Cátedra de San Pedro en Antioquía y en Roma, de la de San Juan Bautista, etc. (véase el artículo Vestidos de los eclesiásticos en las funciones sagradas).

6.º A los catecúmenos, que llevaban túnicas blancas durante los ocho días siguientes á su bautismo (véase el artículo Albas bautismales).

7.º Al Soberano Pontífice, que es el representante de Jesucristo en la tierra y el infalible depositario de la verdad; en las grandes solemnidades, se adornaba de blancas telas la cátedra donde se sentaba el obispo para anunciar la verdad divina.

8.º Entre los primeros cristianos, como entre los Judíos, se envolvían con lienzos blancos la cabeza y los miembros de los difuntos. En un fondo de vaso antiguo (Buon., tav. vii, fig. 1), Lázaro, resucitado por Nuestro Señor, está envuelto en un paño de plata; lo restante está dorado. Así es como el menologio de Basilio representa los cuerpos de San Filaretes (11 Diciembre) y de San Adaucto (1v Octubre). Todavía encontramos la prueba de esta costumbre en Sulpicio Severo (Vit. S. Martini), y sobre todo en el poeta Prudencio:

Candore nitentia claro Prætendere lintea mos est.

(In exeq. defuncti, v, 49, t. 1, pág. 72, edit. Parm.).

El blanco es, pues, el símbolo de la cerdad, en Dios por esencia, en el hombre por comu-

II. El encarnado.—Por su semejanza con el | blanco; 4.º, en la fiesta de la Circuncisión, el

completado en el cielo (2 Cor., viii, 18). En | fuego, el encarnado es el símbolo del amor ardiente y activo. Nuestro Señor es llamado por la esposa del Cántico candidus et rubicundus (v. 10); candidus, en cuanto que es hijo del Padre Eterno, candor lucis æternæ (Sap., VII, 26), et splendor gloriæ Patris (Hebr., 1, 3); rubicundus, porque de él, como del Padre, procede el divino amor. Por esta razón, monumentos tales como los mosaicos de San Pablo extramuros (Ciamp. Vet. mon., 1, tab. LXVIII). de San Andrés in Barbara (idem, I, LXXXVI), de Santa Agata in Suburra (idem, I, LXXVII), etc. nos lo presentan vestido, ya con una túnica, ya con un pallium encarnados, ya con la una y con el otro, porque así está representado en algunos de los actos de su amor infinito. como en el último, en que confiere á sus Apóstoles la misión de extender por todo el mundo el fuego sagrado de su doctrina: Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur? (Luc., XII, 49). El monograma de Cristo, como recordando su ardiente caridad con los hombres, estaba bordado en la parte superior del Labarum de Constantino en un pedazo de púrpura (Prudent., 1. Contr. Symm.); la cruz estaba à menudo pintada de encarnado en memoria de la sangre del Cordero divino, que había bañado este signo augusto (Scaliger. ap. Du-Cange. Inf. Ævi numismat. página 153); esta costumbre parece haber sido especial á los Occidentales: en tiempo de Beda (Hist. Angl., v, c. 16), el santo sepulcro estaba pintado de blanco y encarnado, como que había servido de asilo al cuerpo de aquel que

es, por esencia, verdad y amor.

Entre los ángeles que vemos pintados en los monumentos cristianos, entre otros en la bóveda de San Vital en Rávena (siglo v) (Ciampini. Vet. mon., 11, 65), se encuentran algunos que tienen las alas encarnadas. Se cree que estos son los serafines, cuyo nombre, seraph, significa lleno de amor (Dionys. Areop. De cœlest. hierarch., c. vII). También como símbolo del amor es como lo vemos en las vestiduras sagradas, encarnadas en ciertas solemnidades: 1.º, en las fiestas de los mártires, cuvo sangriento sacrificio no significa más que la consumación del amor (Clement. Alexandr., Strom. lib. 1v); un decreto del Papa San Eutiquio prohibió sepultar los restos de los mártires de otro modo que envueltos en una dalmática ó en un colobium encarnado (Lupi. Dissert. IX): Ut quicumque fidelium martyrem sepeliret, sine dalmatica aut colobio purpureo nulla ratione sepeliret; 2.º, en la Pentecostés, que es la fiesta del Espíritu Santo en la cual se personifica el divino amor; 3.º, en la fiesta y bendición del Santísimo Sacramento el rito ambrosiano adopta el encarnado, porque considera este misterio como el modelo del amor de Jesucristo por los hombres, mientras que el romano que en esos actos ve especialmente mysterium fidei, se sirve del rable también por su antigüedad, emplean el encarnado, porque en este misterio el Salvador ha dado á los hombres las primicias de su sangre con las de sa amor.

Si el rito romano, por el contrario, emplea el color blanco, no lo hace sin poderosa razón: Tiene por objeto honrar á María, porque otras veces se celebraban dos misas en este día: una de la Circuncisión, otra de la Santisima Virgen, haciéndose de este modo en tiempo de Durando, escritor liturgista del siglo XIII. Y aunque hoy no se celebra más que una, la de la Circuncisión, no obstante, para acomodarnos al pensamiento de San Dini (Hist. famil. sacr., capítulo 11, n. 4), el oficio y la misa pertenecen siempre, en parte, á la Santa Virgen: Nunc quoque festi Circumcisionis officium et misa ex

parte ad Virginem pertinet. Los vestidos de los cardenales son encarnados á causa de la caridad y del recuerdo de la Pasión de Nuestro Señor, del cual debe estar siempre lleno su corazón. Si los Griegos (Borgia. De cruce Vatic., pág. 138, n. B) usan ornamentos encarnados en las solemnidades fúnebres, como se practicaba antiguamente en algunas iglesias de las Galias: si el Papa se sirve también de dicho color el Viernes Santo, es, sin duda, para indicar que el amor es la fuente de la tristeza: la causa se halla así expresada en lugar del efecto. El pensamiento es de Simeón de Tesalónica (Lib. sacram., quast. 71): Ornamenta.... sæpius jejuniorum tempore assumuntur purpurea, et quod peccatores oporteat lugere, et propter occisum pro nobis Jesum

III. El rerde.—El color verde es el signo de la vida en el reino vegetal. También las lenguas lo han empleado siempre metafóricamente, y las artes figurativas en sentido simbólico, para designar la vida en su estado permanente. Este color se da á los ángeles, porque siendo espíritus puros, hay en ellos, según la expresión de San Dionisio Areopagita (De calest. hierarch., c. xv, § 7), «algo de juvenil y de primaveral », juvenile quidpiam et virens. Una miniatura de una Biblia latina de la Biblioteca Nacional de Paris (Portal. Des couleurs symboliques, página 192) ofrece todo un coro de ángeles que rodean á Jesucristo con aureolas de color verde. Dante presenta también con vestidos y alas verdes á los dos ángeles enviados cada noche por María para proteger el valle del Purgatorio contra la serpiente infernal (Purgat., cant. VIII, v. 28).

«Verdi, come fogliette pur mo nate, Erano in veste, che da verdi penne Percosse traen dietro, e ventilate.»

«Verdes como las hojitas recién nacidas eran sus túnicas, que, agitadas por las verdes plumas de sus alas, flotaban por detrás y jugaban con el vieuto.»

El color verde está empleado para significar la vida de la gracia que viven los justos, asi

ambrosiano, así como el rito lionés, tan vene- | como, en razón de los contrarios, el color del follaje seco se aplicó á los malvados (Ezech., xx, 47.—Apoc., 1x, 4). Los artistas antiguos y los de la Edad Media han pintado con frecuencia á los Santos con túnicas verdes: esto es lo que Portal observa especialmente respecto á San Juan Evangelista (op. laud., página 210). La Santa Virgen ha sido pintada algunas veces con vestidos de este color (idem, ibid) para indicar, ya la vida de la gracia que jamás se extingue en ella, ya el privilegio que la protege de la corrupción de las tumbas. El mismo Nuestro Señor se ha servido del color verde como símbolo para significar la vida perfecta de la santidad y de la justicia: Si in viridi ligno hoc faciunt, in arido quid fiet? (Luc., xxIII, 31), «si hacen esto con la madera verde, ¿qué harán con la seca?» Y los artistas le han dado algunas veces al mismo Nuestro Señor vestidos verdes queriendo indicar que es la vida por esencia. Algunas plantas que permanecen siempre verdes, y especialmente ramas de laurel, han sido á veces colocadas en las urnas sepulcrales, bajo el cuerpo del difunto, no con la intención de darle la incorruptibilidad, sino para significar, como Durando dice (De rit. eccles., l. vII, c. 25), «que aquellos que mueren en Cristo no cesan de reverdecer», qui moriuntur in Christo, vivere non desinunt. Varios vasos pintados (Buon., tav. VII) votros monumentos, ofrecen árboles en el asunto tan común de la resurrección de Lázaro.

El ciprés, siempre verde en su follaje é incorruptible en su parte leñosa, ha sido con frecuencia usado en los monumentos para significar todo lo que es duradero é inmortal, entre otras cosas el alma y la resurrección de los cuerpos (Aringhi, 11, pág. 632). El color verde ha sido siempre el símbolo de la esperanza, y Dante no es más que el órgano de la antiguedad, cuando dice (Purgat., cant. XXIX. vers. 121), al personificar esta virtud, que sus carnes y sus huesos asemejábanse á la esmeralda.

L'altr era come se le carni e l'ossa Fossero state di smeraldo fatte.

La Iglesia romana adoptó el verde para las vestiduras sagradas de sus ministros en los domingos, entre la Epifanía y la Septuagésima; v desde el tercero después de Pentecostés hasta el Adviento, porque desde la más remota antigüedad estos domingos fueron consagrados á recordar, sobre todo, los dos grandes acontecimientos á que se une la vida del mundo: es el uno la vida natural por la creación, que empezó en ese día; es el otro la vida de la gracia por la resurrección del Hijo de Dios, que en dicho día tuvo también lugar.

La venerable liturgia ambrosiana prescribe que el velo con que se cubren los altares después de la celebración de los santos misterios. sea de color verde. De esta respetable costumbre se dan dos razones diferentes; hace alusión,

— 207 —

Santa Eucaristía, ó á la que gozan en el cielo los mártires, cuyas reliquias reposan en la piedra consagrada del altar. Por análogas razones, sin duda, en el mismo rito, la piedra sagrada está revestida de una tela encerada de

IV. El morado. - Mezcla de encarnado v negro, el morado lo adoptó la Iglesia como símbolo de la penitencia, que se compone de un acto de dolor, por el que nosotros sufrimos (porque el símbolo del dolor es el negro), y de un acto de amor en la causa que nos determina á querer sufrir (el símbolo del amor es el encarnado).

No habiendo sido la vida de Jesucristo en la tierra sino una larga penitencia, una respetable tradición, así como algunas reliquias que se veneran en algunos puntos, tienden á demostrar que usaba vestidos morados. Los monumentos antiguos, entre otros el mosaico de San Miguel de Rávena (Ciampini. Vet. mon., 11, pág. 63, tav. 18) y el de San Ambrosio de Milán (Ferrari. Monum. della basil. de S. Ambrogio, pág. 156), lo representan con vestidos ó atributos de ese color. Por la misma razón, el morado ha sido dado algunas veces á María, la madre del dolor, á Juan Bautista, el predicador del bautismo de penitencia (Ciamp. Vet. mon., 1, tav. Lxx), y á los ángeles cuando se representan como enviados de Dios para recordar á los hombres la penitencia, ó en actitud de una respetuosa compasión alrededor del Verbo encarnado, el hombre de los dolores. Respetables tradiciones nos enseñan que los primeros cristianos se vestían con telas moradas, en señal de penitencia: y sabemos que los eclesiásticos usaron hábitos morados desde la más remota antigüedad (véase Amico cattolico, guigno 1846, pág. 408); los abades de la orden de San Benito usaron este color hasta la época bastante reciente en que adoptaron el negro. El velo de las vírgenes era en la antigüedad morado. Tenemos por testigo á San Jeronimo, que, en una de sus cartas á Eustoquio (Opp., edit. Veron., t. 1, pág. 96), habla de estos velos morados llamados maforte, que flotaban sobre los hombros: et super humeros hyacinthina lana maforte volitans.

Se teñían de morado los pergaminos donde se escribía, desde los tiempos del mismo Padre (Ad. Eustoch., ep. XXII), y esta costumbre ha continuado en los siglos siguientes para los evangeliarios, rituales y otros libros litúrgicos (Mabillon., Sac. 1v. Benedict., pars 1). La Íglesia, que en todas sus ceremonias habla á los ojos para llegar al corazón, prescribe el uso del color morado en sus ornamentos sagrados en los tiempos que dedica á la penitencia.

COLUM VINARIUM.-I. La costumbre de colar el vino particularmente cuando salía de la prensa, era muy frecuente en la an-

ó á la vida de Jesucristo, que se perpetúa en la | tigüedad, y en un principio se servían para ello de sacos y de cestos de junco. Esta operación se llamaba rinum castrare (Plinio., XIX, 4, xiv, 22, xx, 17), y el vino que la había sufrido, vinum saccatum. Respecto al uso de la mesa, había coladores propiamente dichos, de metal, y Ateneo (l. 11) confirma su existencia entre los Egipcios y los Griegos.

He aquí cómo se usaba este instrumento: se colocaba primero la copa sobre su pie ó base (Gruter., xxi, 12), y sobre la misma copa se ponía el colum cuvo fondo estaba lleno de agujeros sumamente finos y unos junto á otros. En el museo Borbón de Nápoles se ven muchos objetos de esta clase procedentes de Pompeya (Mus. Borbon., t. 11, tav. 60). Felipe Venuti trae también el dibujo de un colum vinarium al frente de su disertación sobre esta materia, y de la cual hemos tomado más de un dato (Saggi di dissert. dell'acad. di Cortona., t. 1, pág. 80).

Es interesante observar aquí, siquiera sea de paso, que Nuestro Señor alude á la antigua costumbre de colar el vino, cuando dice de los fariseos: Excolantes culicem, camelum autem glutientes (Matth., XXIII, 24); como si, cómplices de su hipocresía, sus cola dejasen pasar los camellos y retuvieran los mosquitos.

También se llamaba colum nivarium ó saccus nivarius (Martial., xIV, 104), porque se ponía nieve en estos coladores, á través de la cual, al pasar el vino, se refrescaba, lo que era más necesario entre los antiguos que en los tiempos modernos, porque conservaban ordinariamente el vino, no en cuevas sino en la parte superior de sus casas.

II. La Iglesia adoptó desde un principio este instrumento en su liturgia, como lo prueba un glosario muy antiguo citado por Du-Cange (cap. De vasis argenteis). Venuti (op. laud.) recuerda á este tenor un documento de 470. El orden romano dice: Archidiaconus sumit amulam pontificis cum vino de subdiacono et refundit super colum in calicem, « el arcediano toma de la mano del subdiácono el amula del pontífice, lleno de vino, que vacia en el cáliz á través del colum». Y un poco después: Archidiaconus,.... accipiens calicem ab acolyto, archidiacono apportet vinum per colum (Ap. Macri. ad voc. Colatorium). Se hace mención, con mucha frecuencia, de este instrumento en las Vidas de los Papas por Anastasio el Bibliotecario ó sus continuadores. León III, Papa en 795 (Anastas. In Leon III, pág. 197, edit. Mediol.), dió á la iglesia de Santa Susana, donde había sido ordenado sacerdote, vasa colatoria argentea deaurata pens, lib. vI, unc. 111. Sergio II (844) ofreció á la basílica de San Pedro: Colatorium de argento, quod in sacro utitur officio deauratum unum (Anastas., pág. 230). Por último, Benedicto III (855) donó al monasterio de los santos mártires Sergio y Baco, los objetos siguientes: Calices de argento pu-

Reproducimos á continuación un instrumento de esta clase que Blanchini publica en sus notas á Anastasio (In S. Urbanum).



COLUMNA. (SÍMBOLO.)—En los monumentos cristianos se emplea ordinariamente la columna aislada como símbolo de la Iglesia, que es llamada por San Pablo (1 Timoth., 111, 15) columna et firmamentum veritatis. Se ve en Buonarruoti (Vetri., tav. xIV, n. 2) un fondo de vaso donde está representada entre dos personajes que, según toda probabilidad, son San Pedro y San Pablo, una columna coronada con el monograma de Cristo; en una piedra grabada que públicó el P. Garrucci (Hagioglypta, pág. 222), la columna, cuyo fuste está adornado con doce gemas, símbolo de los doce Apóstoles, lleva un cordero, y en



una lámpara de arcilla encontrada en Lión (Le Blant. Inscript. chrét. de la Gaule, 1, 167), una paloma. Sabemos que aqui es Nuestro Señor quien está simbolizado por el crisma, el cordero y la paloma (véanse estas tres palabras en este Diccionario), y el conjunto de las tres composiciones significa, en la intención de los artistas, la firmeza y la estabilidad que Jesucristo comunica á su Iglesia.

Se ha creído distinguir el símbolo de Jesucristo mismo en unas columnas que se ven en los cuatro ángulos de una pintura de bóveda del cementerio de los Santos Marcelino y Pedro (Aringhi., 11, pág. 95), y al pie de las cuales están dos palomas que levantan sus ojos hacia ellos. Creemos que es la Iglesia hacia la cual las palomas, símbolo de los fieles, dirigen sus miradas, como hacia el puerto de salvación: en la misma actitud se ven dos palomas y dos corderos en la gema del P. Garrucci, y en un vaso que representa dos esposos (Buon. Vetri., xxIII, 3), entre los cuales se levanta una columna que sostiene una corona.

rissimo duos, et patenam unam, colatorium | La corona, compuesta de distintas flores, significaría, según el sabio florentino, los niños nacidos ó que han de nacer del matrimonio, y que son la corona de los padres, y según San Clemente de Alejandria, las flores del matrimonio; pero la columna, á la cual va siempre unida la idea de soledad, representaria los niños varones, que son las columnas de la casa (Artemid., l. 11, c. 10, ap. Buon., loc.

M. Le Blant (Op. et loc. cit.) indica, y es, creemos, el primero que lo hace, en los sarcófagos de Arlés donde está trazado el paso del mar Rojo, la columna luminosa, que se distingue en las llamas que coronan su capitel, y que precede à los israelitas después de su rescate. Hemos observado el mismo asunto en un sarcófago de Aix, siendo precisa absolutamente la inspección del monumento mismo, porque la lámina de Millin, bastante defectuosa, no reproduce las llamas (Millin. Midi de la Fr., pl. L, 3).

COMIDAS ENTRE LOS PRIME-ROS CRISTIANOS. - I. Tertuliano nos da una idea completa de esas comidas en este pasaje de su Apologética (xL): « Nuestras comidas se fundan en la religión. No admitimos en ellas ni bajeza ni inmodestia. No nos sentamos á la mesa sino después de habernos alimentado con una oración á Dios. Se sirve tanto como conviene para satisfacer el hambre. Se bebe tanto como necesitan los hombres prudentes. Se come sin perder de vista que debe adorarse á Dios durante la noche. Se habla sin olvidar que Dios escucha. Después que se han lavado las manos y que se han encendido luces, se dedica cada uno á cantar, en presencia de todos, alabanzas al Señor, tomadas de las Sagradas Escrituras ó de su propia cosecha. Por esto se comprende lo que ha bebido. Otra oración pone igualmente término á la comida.»

Así resulta: 1.º, oración antes de la comida: 2.º durante la comida, conversaciones instructivas y modestas; 3.º, después de la comida, ablución de las manos, siguiendo la costumbre de los antiguos; 4.º, después, por último, cantos religiosos y además la oración en acción de gracias. Minucio Félix (Octavius., pág. 308, edit. Ouzel. Lugduni Batavorum, 1672) da detalles casi iguales: «No sólo la castidad, sino la sobriedad, presiden nuestras comidas: no cometemos ningún exceso, y una severa modestia modera nuestra alegría.» Para no exponerse nunca á separarse de la sobriedad cristiana, los fieles se abstenian cuidadosamente de figurar en los festines de los idólatras; y leemos en las obras de San Cipriano (Cypr. Epist. LXVII, página 170, seqq. edit. Oxon.), que en el siglo III, un obispo de España llamado Marcial, habiendo olvidado los deberes de su dignidad hasta el extremo de sentarse en un banquete